

BOLETIN



ECLESIAÍSTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

OBISPADO DE ASTORGA.

CIRCULAR.

Ocurriendo el presente año la festividad de la Anunciación de Nuestra Señora en el Juéves Santo, á fin de facilitar á los fieles el cumplimiento del precepto de oír misa, hemos dispuesto que en nuestra santa apostólica iglesia Catedral, se celebren en dicho dia además de la Mayor y antes de los divinos oficios cuatro misas rezadas, á las cinco, seis, siete y ocho de la mañana. En cada iglesia parroquial de la ciudad habrá tambien otra misa rezada antes de los oficios, á la hora mas cómoda para el pueblo que designarán los respectivos Párrocos; y otra asimismo en todas las cárceles y hospitales de la diócesis.

En las parroquias donde haya coadjutor, se celebrará una misa de mañana al objeto indicado: en las que no lo tienen, facultamos á los Párro-

cos para que se celebre una privada antes de la de pueblo, siempre que pudieren proporcionar Sacerdote que la diga y lo juzgaren necesario para que todos los fieles puedan asistir en dia tan célebre al Santo Sacrificio. Todas las misas privadas de que vá hecho mérito se dirán de la feria *V in Cena Domini*, con *Gloria* y *Credo*.

Mandamos á los Párrocos y demás encargados de la cura de almas que avisen con oportunidad á los fieles la obligacion que tienen de oír misa y abstenerse de trabajos materiales en dicho dia.

Astorga 1.º de Marzo de 1869.—
FERNANDO, *Obispo de Astorga*.

MOVIMIENTO DEL PERSONAL
DEL CLERO DURANTE EL ÚLTIMO MES DE
FEBRERO.

Posesiones.

El dia 9 tomó posesion del beneficio curado de Regueras de Arriba; en

el arciprestazgo de Vega y Páramo, D. Pablo Alonso Prieto, clérigo de Prima Tonsura, natural de Anciles, diócesis de Leon.

Vacantes.

El dia 7 vacó el beneficio curado de Santa Maria de Villoria de Orbigo por fallecimiento de D. Gregorio Moran, su último poseedor.

NOMBRAMIENTOS.

Ecónomos.

El dia 8 se nombró ecónomo de Villoria de Orbigo, en el arciprestazgo de Vega y Páramo, á D. Fr. Bernabé Ramirez, coadjutor que era de la misma parroquia.

En id., id. coadjutor de dicha parroquia de Villoria á D. José M.^a del Otero, que lo habia sido de Santa María de la Bañeza.

El dia 11 de Febrero próximo pasado S. E. I. ha tenido á bien nombrar arcipreste del partido de Somoza á D. José Fernandez Sotillo, Cura párroco de Lagunas; cuyo cargo se hallaba vacante por renuncia que del mismo hizo, efecto del mal estado de su salud, D. Francisco Sotillo, párroco de Lucillo.

El dia 20 del mes anterior falleció el Presbítero D. Francisco Salvador Fuertes, natural de Quintanilla de Somoza.—R. I. P.

CARTA sobre el futuro Concilio ecuménico, dirigida por Monseñor el Obispo de Orleans al clero de su diócesis.

Continuacion (1.)

Háblaba hace poco de los pueblos infieles: que nuestros hermanos los Obispos orientales me permitan recordarles cuál es en estos momentos el estado del mundo entero y la situación de la Iglesia de Jesucristo, ¿no está en estos momentos más combatida que nunca? El espíritu, por desgracia impio, de las revoluciones ¿no se levanta contra ella en todas partes? Y vosotras, Iglesias orientales, unidas ó no unidas, ¿no teneis tambien vuestros peligros? ¿Acaso el cristianismo no está en vuestra casa rodeado de enemigos encarnizados, á derecha, á izquierda, por todas partes? Y hasta el viento de impiedad que agita á Europa entera, ahora que las distancias no existen, ¿no sopla tambien en Asia? Y esas razas creyentes del mismo antiguo Oriente. bajo los esfuerzos repetidos de una prensa irreligiosa, ¿están seguras de no ser nunca arrastradas?

En situación tan grave creada en todas partes á la Iglesia de Jesucristo por la desgracia de los tiempos, la primera necesidad de todos los cristianos ¿no es el poner fin á las disidencias que debilitan, y buscar en la aproximacion y la paz la union, que constituye la fuerza? Qué Obispo, qué verdadero cristiano, meditando ante

(1) Esta carta está tomada de la Gaceta del Clero.

Dios sobre estas cosas podrá decir: ¡No la division es un bien, la union seria un mal! ¿Quién no ve, por el contrario, que la union, que la vuelta á la unidad, es el bien seguro de las almas, la voluntad manifiesta de Dios, y seria la salvacion de vuestras Iglesias? ¿Cómo? ¿hay consideraciones personales, motivos humanos de ningun genero superiores á esos grandes intereses y á esos grandes deberes? Vuestros padres, aquellos ilustres doctores, los Atanasios, los Gregorios Nacianceno, los Baslios, los Cirilos, los Crisóstomos, ¿tuvieron dificultad para inclinar su gloriosa frente ante aquel á quien llaman «la piedra firme y sólida sobre la que el Salvador ha edificado su Iglesia? (1)» Si ellos vivieren hoy, ¿no pisotearian cristiana y noblemente una independendencia que no es segun el Cristo, y todas las sugeriones de una ciega soberbia? Si los siglos pasados han cometido una falta, ¿es de necesidad que sea eterna?

Pero el tiempo,—si atendeis á sus lecciones, ¡oh hermanos nuestros orientales!—¿no os proporciona graves enseñanzas? Vosotros á quienes rodea por un lado el despotismo y el islamismo por otro, ¿podeis no sentir los peligros del aislamiento y las fatales consecuencias de la separacion?

¡Dios me libre de cualquier palabra que pueda disgustaros, á mí, que vengo á vosotros en este momento con toda la caridad de Jesucristo!

¡Pero en fin; ya piense en esas po-

blaciones desgraciadas, cuya alma y cuya tierra se han hecho estériles bajo el yugo de la religion de Mahoma; ya dirija mis miradas hácia esas poblaciones rusas, religiosas, graves en sus costumbres, que permanecen en la fe de Jesucristo, á pesar de la humillacion de sus Iglesias, y á pesar de la supremacia de un Czar, á quien su pretendida ortodoxia, no inspira ni aun un poco de justicia y de piedad para la Polonia! Me siento conmovido hasta lo más vivo de mi alma, y ruego por tantos pueblos dignos de tan profundo interés, de compasion tan grande.

¡Oh hermanos nuestros separados de Oriente, griegos, sirios, armenios, caldeos, búlgaros, rusos y slavos, y vosotros todos á quienes no puedo nombrar, la Iglesia católica acude á vosotros y os tiende los brazos! ¡Oh hermanos nuestros, venid!

La Iglesia va á reunirse toda entera; de todos los puntos del mundo habitado, de nuestro Occidente, de vuestro Oriente, del Nuevo-Mundo tambien y de las islas lejanas, sus Obispos van á acudir á la voz del Jefe Supremo á Roma, al centro de la unidad. Pues bien, no quiere reunirse sin vosotros, ¡Oh hermanos nuestros, venid!

He aquí una de esas ocasiones solemnes, raras, tal que se necesitan siglos para que haya otra parecida; la Iglesia católica os ofrece la paz: «Os rogamos con todas nuestras fuerzas, os escribe el Padre Santo, os instamos que vengais á este sínodo general como vuestros antepasados vinieron al Concilio de Lyon y al Concilio de

(1) Cartas apostólicas del 8 de Setiembre de 1868. Palabras de S Gregorio Nacianceno, citadas por el Padre Santo.

Flores para renovar la union y la paz (1).» ¿Os negareis por vuestra parte á dar un sólo paso hácia él, y dejareis escapar una circunstancia tan favorable? ¿Quién querrá cargar con tan grave responsabilidad? ¡Oh hermanos nuestros, venid!

El corazon de la Iglesia de Jesucristo no varía; pero los tiempos han cambiado, y las causas que han hecho fracasar tristemente los esfuerzos intentados por nuestros padres no subsisten ya, gracias á Dios. ¡Oh vosotros todos, oh hermanos nuestros, venid!

Nosotros estamos llenos de esperanza, y cualesquiera que sean las resistencias que la sorpresa del primer momento quizás, ó las antiguas privaciones hayan suscitado, todo nos parece dispuesto á la vuelta, á la unidad. «¡Roma, exclamaba en otro tiempo Bossuet, no cesa de gritar á los pueblos más apartados para llamarlos al banquete donde todo se hace uno; y á esta voz maternal los extremos del Oriente se conmueven y parece que quieren dar á luz una nueva cristiandad!»

¡Oh Dios mio! ¡que podamos nosotros ver ese espectáculo! ¡Qué alegría para vuestra Iglesia sobre la tierra, en medio de tantos rudos combates y amargos dolores! ¡Qué alegría también para la Iglesia del cielo, para vuestros Santos y vuestros Doctores, cuando, como dice el Padre Santo, desde lo alto del cielo vean restablecida la union con la Sede apóstolica, centro de la verdad católica y de la

(1) Cartas apostólicas del 8 de Setiembre de 1868.

unidad; union que, durante su vida en este mundo, trabajaron en sostener, en propagar con todos sus estudios é infatigables trabajos, con la doctrina y con el ejemplo, abrasados como estaban por la caridad depositada en sus corazones por el Espiritu Santo, por Aquel que todo lo reconcilió y pacificó á costa de su sangre, que quiso que la señal de sus discípulos fuese la paz, y que dirigia, esta súplica á su Padre: «¡Haced que no sean más que uno, como nosotros somos sólo uno! (1)»

¡Ah! ¡ese es el lenguaje de la Iglesia, de la verdadera Iglesia de Jesucristo, única que entre todas las sociedades cristianas lanza un grito maternal, y pregunta por todos sus hijos, porque ella es la verdadera Madre!

Y por eso también el Sumo Pontífice, después de haberse dirigido al Oriente separado, se dirige también á las demás comuniones cristianas no católicas, y hace á todos nuestros hermanos del protestantismo el mismo llamamiento.

¡El protestantismo! «¡Ah!—exclamaba también Bossuet en su ardiente amor, en sus apasionados votos por la unidad, nuestras entrañas se conmueven á su nombre, y la Iglesia, siempre madre, no puede impedir al recordarlo que se renueven sus gemidos y sus votos.»

Esos gemidos y esos votos son los

(1) Ibidem. Eternamente será la unidad el carácter de la verdadera Iglesia. Toda la cuestión de la Iglesia se reducirá siempre á esta pregunta: «¿Dónde está la unidad?»

que de nuevo hace oír el Padre Santo en la carta apostólica dirigida algunos días despues del Breve para los Obispos orientales «á todos los protestantes y demas no católicos», y en la que, despues de haber deplorado las desgracias de la division, y mostrado los grandes bienes de la unidad deseada por Nuestro Señor, «exhorta, suplica á todos los cristianos separados de él á volver al redil de Jesucristo.» «En todas nuestras oraciones y nuestras súplicas, continúa, nunca cesamos de pedir humildemente para ellos dia y noche luces celestiales y abundancia de las gracias al Pastor eterno de las almas, y esperamos con los brazos abiertos la vuelta de nuestros hijos extraviados (1).»

Eso es lo que dice el Padre Santo, y con él toda la Iglesia. ¿Esperaremos y rogaremos siempre en vano, y la obra de union será tan difícil como muchos creen?

Sé bien que las prevenciones son aún fuertes, y la dificultad que encuentra en la noble Inglaterra la obra de tardía justicia que acaba de principiar es una prueba entre muchas otras; pero precisamente el Concilio puede tambien disipar muchas equivocaciones, y apaciguando los corazones preparar la vuelta de los espíritus

Al que intentára acusarme de ilusion le responderé que, entre aquellos de nuestros hermanos separados á quienes no arrastra la triste corriente del racionalismo, cada dia es mayor

el número de las almas que deploran el rompimiento de la unidad,—atestiguo con Inglaterra, atestiguo con América;—responderé que más de una vez, yo mismo, he recibido sobre este punto dolorosas confidencias, y oído á corazones que sufrían llamar como nosotros con profundos gemidos el día en que pudiera cumplirse la palabra del Maestro: *Unum Ovile et unus Pastor*. ¿Se ha dicho que no llegará ese dia? ¿Son necesarias las separaciones? ¿Por qué no hemos de estar destinados á ver los tiempos previstos y saludados por Bossuet?

Las dificultades dogmáticas son graves sin duda alguna; pero desaparecen si se quita la más grave de todas, en mi opinion, esa negacion de toda autoridad doctrinal en la Iglesia esa libertad absoluta de exámen que se confunde, de bueno ó mal grado con el principio del racionalismo. Por eso, en efecto, lleva el protestantismo en el corazon el vicio original de una inconsecuencia radical, de deplorar, entre nuestros hermanos separados, los espíritus más firmes é ilustrados; y ahí está nuestra esperanza, por lo ménos para conversiones parciales, y quizás, ¡Dios lo quiera! para más grandes uniones.

Resuelto este punto capital—y la resolucion es fácil al simple buen sentido y á la buena fe animosa—todo lo demas se desvanece. La razon dice con evidencia que Jesucristo no pudo querer la constitucion de su Iglesia sin ese esencial principio de estabilidad y unidad, so pena de fundar un cristianismo incapaz de durar y de perpetuarse semejante á sí mismo;

(1) Cartas apostólicas del 13 de Setiembre de 1868.

una religion entregada á todos los cambios y variaciones de las interpretaciones individuales: esto es diferente por si, con independendencia de todo texto.

Pero hay tambien textos que para los espíritus rectos y sid grandes disputas lo encierran tambien todo; sólo citaré tres; el primero, *Tu es Petrus*, tú eres Pedro; la primacia de San Pedro y del jefe de la Iglesia; el segundo, *Hoc est corpus meum*, este es mi cuerpo, la Eucaristia; el tercero, *Ecce mater tua*, hé ahí á tu madre la Santísima Virgen. ¿Habeis podido borrar del Evangelio esas tres palabras? ¿Las habeis meditado bien y tantas otras no ménos decisivas?

Del Evangelio pasad á la historia, y de los textos á los hechos.

¿No os dicen muy alto los hechos que os falta el elemento vivo del cristianismo completo? Porque por una parte habeis tenido tiempo para conocer á los autores de la separacion, y por otra habeis podido considerar las consecuencias. Desde hace tres siglos estais enfrente del Evangelio; desde hace tres siglos estais enfrente de la historia. Pues bien: ¿esos tres siglos trascurridos no os han dado sobre ese punto capital una nueva y solemne enseñanza? El principio del protestantismo al desarrollarse ha dado sus frutos, y la prevision de los doctores católicos en las antiguas controversias se realiza diariamente á vuestra vista. El protestantismo contemporáneo va disólviéndose cada vez mas en el racionalismo; muchos de sus ministros, ellos mismos lo proclaman no tienen la fe sobrenatural, y ya un

grito de alarma partido de su seno ha resonado hasta en nuestras asambleas políticas; pero grito perdido en el aire. La disolucion continuará; á pesar de nobles esfuerzos y cristianas resistencias, irá siempre en aumento y arruinando más cada vez ese cristianismo incompleto, al que le falta la fuerza esencial que conserva y preserva: la autoridad. Perder el cristianismo en el puro filosofismo, hé ahí á lo que, de buen ó mal grado, tiende el protestantismo moderno. Pero del mismo exceso del mal puede salir el bien; y para ilustrar sobre el vicio radical de las Iglesias protestantes á las almas engañadas pero rectas que quieren permanecer aún en el cristianismo, ¿qué más á propósito que ese espectáculo de descomposicion, frente á la potente unidad de la Iglesia católica y del Concilio que va á ser su viva manifestacion?

Hay otra esperanza poco conforme, convengo en ello, con las probalidades humanas, pero que mi fe en la Providencia divina no me prohíbe concebir, y es que los mismos judíos los hijos de Israel, que, mezclados con nosotros, viven hoy nuestra vida social, sentirán algo que removerá sus corazones, y los traerá dóciles por fin á la voz de San Pablo al seno de la Iglesia. En los judíos, en efecto, tan visible y prolongadamente castigados, no puedo dejar de reconocer á mis abuelos en la fe, los hijos de Moises, los compatriotas de José y María, de Pedro y Pablo, aquellos de quienes este último dijo: «Para ellos la adopcion divina y la gloria, y el Testamento, y la Ley, y las prome-

sas, y los Patriarcas; y para ellos, según la carne, el Cristo, que es el Dios bendito, sobre todo en los siglos de los siglos:» *Quorum adoptio est filiorum, et gloria, et testamentum, et legislatio, et promissa, quorum patres, et ex quibus Christus secundum carnem, qui est super omnia Deus benedictus in sæcula* (1). Yo les suplico, pues, que crean en Aquel que esperan; yo les suplico que crean en mil ochocientos años de historia, porque la historia, como un quinto Evangelio, prueba la venida y la divinidad del Mesías.

No os extrañéis, señores, si me siento lleno de compasión hacia los protestantes, los griegos, los judíos, al paso que se me acusa de ser duro con los inventores de la incredulidad moderna. Yo sé distinguir entre los errores que principian y los que acaban, entre los autores responsables los culpables que siembran á sabiendas el error, y las víctimas inocentes de buena fe que, después de siglos, permanecen unidas á ellos. ¿Cómo no he de sentirme conmovido hasta derramar lágrimas al ver esas poblaciones de mi país, esos obreros tan laboriosos y tan dignos de toda nuestra simpatía, esos jóvenes de nuestras escuelas, cuyo ardiente talento busca la verdad, y que caen, ántes de conocerse á sí mismos, en manos de los maestros del error?

Cuando hace algunos años el despertar de la fe era tan sensible y parecía cumplirse un progreso decisivo hacia el bien, hé ahí que de repente

se forman tinieblas, se abren abismos, el soplo de una ciencia impia de una prensa violenta se hace cada vez más fuerte, y el hermoso buque de la fe y de la prosperidad francesa amenaza perderse al salir del puerto. ¡Ah! maldigo á los autores de tan cruel naufragio, al paso que me siento lleno de piedad hacia tantas almas sinceras que veo entre nuestros hermanos separados, nacidos en el error, pero que no le han hecho nacer. ¡Con qué ardor tiendo hacia esas almas cautivas mis brazos fraternales! Que vuelvan á la Iglesia; porque ésta es quien les guarda á Jesucristo, el Dios de la verdad total, y les convida á ese gran banquete del padre de familia, donde, como también dijo Bossuet, «todo se hace uno.»

¡Dios haga el próximo Concilio, obra de pacificación y de luz, pueda unir á nosotros tantas almas que nos pertenecen ya por su sinceridad, por sus virtudes, y, de muchas sé, que también por sus deseos! ¡Que éste sea al ménos, señores, el voto de todos los católicos!

Sí, abramos nuestros corazones con más efusión que nunca á todos esos queridísimos hermanos; deseemos, como desea el Padre Santo, que el futuro Concilio sea un poderoso y feliz esfuerzo hacia la unión, y hagamos subir sin cesar al cielo la oración del Maestro: *¡Sint unum sicut et nos!*

VIII.

LA IGLESIA CATÓLICA.

¡Oh vosotros, á quienes los deberes de mi cargo me obligan á dirigirme

(1) Ad Romanos, ix, 4, 5.

¡Inadamentamente, *opportune importune*, decía San Pablo, á veces con austeras palabras en los labios, pero siempre con caridad en el corazón, adversarios de mi fé, cualesquiera que seais, filósofos, protestantes, indiferentes, y yo quisiera que mis palabras pudiesen llegar también hasta vosotros, pobres paganos, perdidos en las tinieblas de las supersticiones que cubren aún la mitad del mundo! ¡Oh hermanos míos, cuánto me alegraría haceros gustar por un sólo instante la paz profunda que se experimenta viviendo y muriendo en brazos de la santa Iglesia católica!

¡Sed testigos de esto vosotros los que sois mis hermanos en el Sacerdocio, y vosotros todos fieles cristianos de cualquier clase, sexo ó edad! Cuando se está rodeado de esa luz, seguro por esas esperanzas, precedido por esas criaturas sublimes que se llaman santos, cuya gloria en el cielo saluda hoy la Iglesia de la tierra, unido á la tradición de todos los siglos cristianos por los sucesores de los Apóstoles, y fundado en fin en Jesucristo, ¡qué gozo! ¡qué compañía! ¡qué fuerza, qué reposo en la certeza y la luz!

Estoy convencido de ello, y cada día me trae una nueva prueba; al oír los gritos que contra nosotros se lanzan creierais que se nos detesta. Pues bien, no; el sentimiento dominante en nuestros enemigos no es siempre el odio. Hay otro más frecuente en ellos, aún cuando no lo confiesan; la envidia. Sí, nos envidian muchas veces, y el ateo se dice por lo bajo en el momento mismo en que insulta al cristiano: ¡Qué feliz es!

No creais tampoco, señores, en lo que ois decir de la Iglesia, que su faz augusta está desfigurada por la calumnia, y que los hombres principian á no ver en ella más que un arma tiránica é ignorante. Esas preocupaciones violentas, tienen seguramente fuerza: nuestros enemigos y nuestras faltas se encargan de propagarlas. Pero la Iglesia, á despecho de todo eso, y el Concilio ecuménico dará pronto una nueva prueba al mundo, no deja de ser la esposa de Cristo, pura y sin mancha, y no hay un sólo hombre de los que la acatan que pueda decir, por poca buena fe que tenga, cuál es el mal que le ha hecho la Iglesia. *Popule meus, quid feci tibi.* (Se continuará.)

ANUNCIO.

LA UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA

Ó SEA REFUTACION

de la Carta que el presbítero D. Victor Paniagua y Castuera dirigió al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, pidiendo la libertad de cultos en interes de la religion, por

D. Joaquin Torres ASENSIO, presbítero, Canónigo del SACRO-MONTE DE GRANADA. Personas muy respetables creen conveniente que circule mucho esta Refutacion, se vende á 2 reales en la librería religiosa de esta ciudad, á cargo de D. Pedro P. Martinez, Director del Seminario Sacerdotal de esta ciudad.

Imp. de Gullon é hijo, P.^a la Constitucion, 3.